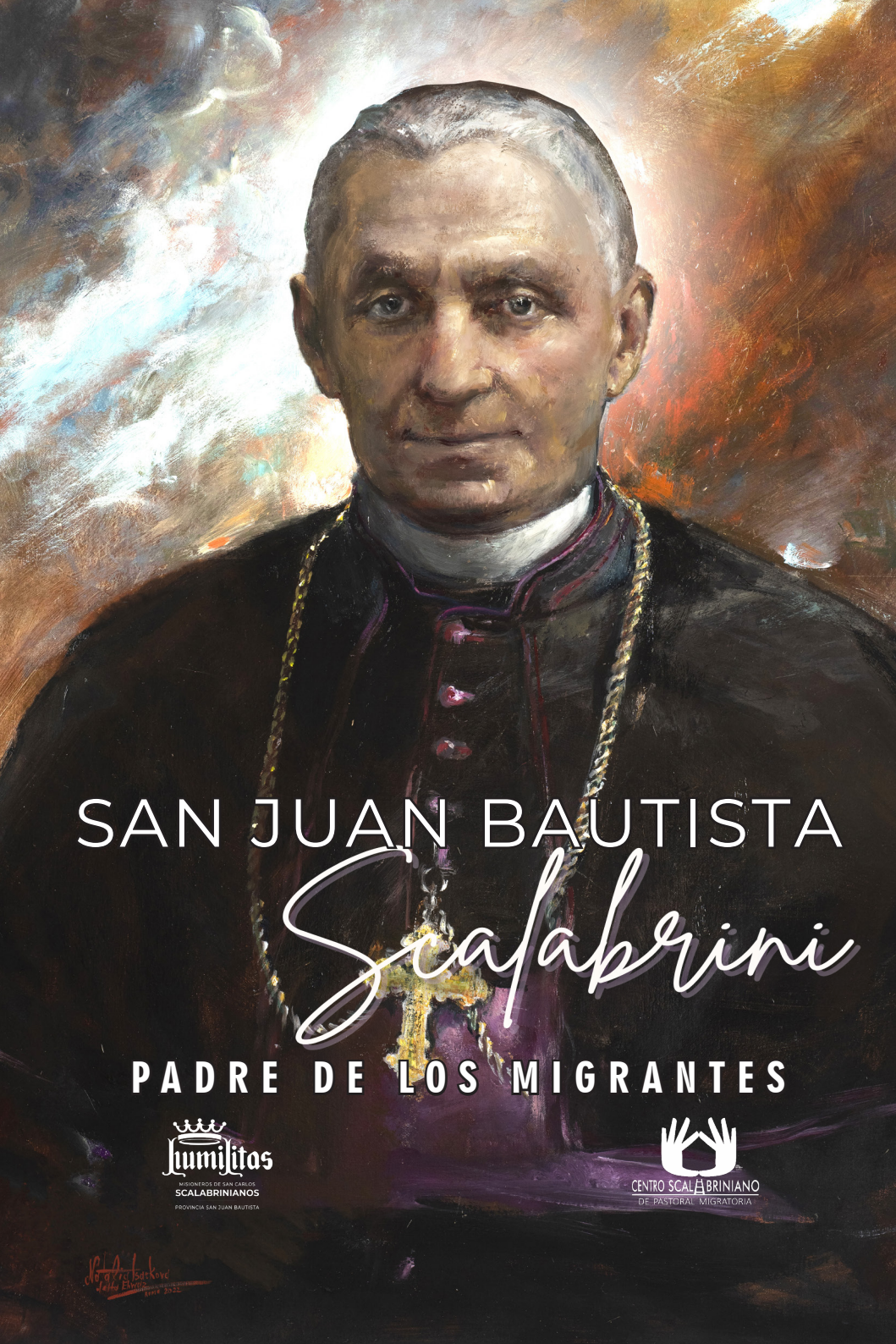

SAN JUAN BAUTISTA
Scalabrini
PADRE DE LOS MIGRANTES
Lumilitas
MISIONEROS DE SAN CARLOS
SCALABRINIANOS
PROVINCIA SAN JUAN BAUTISTA
CENTRO SCALABRINIANO
DE PASTORAL MIGRATORIA

CRÉDITOS:

PUBLICACIÓN DEL CENTRO SCALABRINIANO
DE PASTORAL MIGRATORIA
PROVINCIA SAN JUAN BAUTISTA
CONGREGACIÓN DE LOS MISIONEROS DE
SAN CARLOS -SCALABRINIANOS

TEXTO ORIGINAL: P. GIOVANNI SARAGGI, C.S.
TRADUCIDO DEL ITALIANO AL ESPAÑOL: P. FRANCISCO BERNARDI, C.S.
REEDITADO: P. RAMIRO SÁNCHEZ CHAN, C.S.
SUPERVISOR DE EDICIÓN: P. JOSÉ JUAN CERVANTES, C.S.
CORRECCIÓN Y ESTILO: IVONNE CASTRO M.
ARCHIVO FOTOGRÁFICO: OFICINA DE COMUNICACIÓN SCALABRINIANA - PROVINCIA SAN JUAN BAUTISTA
EDICIÓN DE FOTOGRAFÍAS: JAIRO MERAZ FLORES
DISEÑO: MARIANA NEVE ÁLVAREZ

PUBLICACIÓN DIGITAL DIFUNDIDA EL 1° DE JUNIO DE 2024

Humilitas
MISIONEROS DE SAN CARLOS
SCALABRINIANOS

CASA SCALABRINI
CENTRO DE PASTORAL MIGRATORIA

© CENTRO SCALABRINIANO DE PASTORAL MIGRATORIA - PROVINCIA SAN JUAN BAUTISTA CONGREGACIÓN DE LOS MISIONEROS DE SAN CARLOS 2024
Guadalajara, Jalisco, México

SAN JUAN BAUTISTA Scalabrini

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	1
HABÍA UNA VEZ…	4
LA VOCACIÓN	6
SUS INDIAS SON ITALIA	9
HÉROE Y PADRE	11
OBISPO DE PIACENZA	14
EL APÓSTOL DEL CATECISMO	15
MISIONERO SIN DESCANSO	17
LA PISTOLA EN LA MESA DE LUZ	18
LA HORA DE LAS TINIEBLAS	19
EL FLAGELO DE LA CARESTÍA	21
PADRE DE LOS SORDOMUDOS	23
EN LOS ARROZALES	25
PROFETA DE RECONCILIACIÓN	27
PADRE DE SACERDOTES	29
UN ÉXODO BÍBLICO	30
LOS MISIONEROS DE LOS MIGRANTES	33
LAS MADRES DE LOS MIGRANTES	35
SANTA FRANCISCA JAVIER CABRINI	36

NAVEGANDO POR EL OCÉANO 37
EN LOS ESTADOS UNIDOS 38
EN BRASIL 40
ENTRE CAMPOS Y SELVAS 42
EN MEDIO DE LOS PUEBLOS ORIGINARIOS 44
DE REGRESO A ITALIA 46
EL OCASO 47
SU VIDA INTERIOR 49
VIVE EN SUS HIJOS 51
CRISTO SIGUE EMIGRANDO 53
MISIONEROS DE SAN CARLOS - SCALABRINIANOS 54
LOS MISIONEROS DE SAN CARLOS ESTAMOS PRESENTES EN 33 PAÍSES DE LOS 5 CONTINENTES DEL MUNDO 55
PARA UNA EVANGELIZACIÓN SIN FRONTERAS 56
LOS MISIONEROS SCALABRINIANOS EN LA PROVINCIA SAN JUAN BAUTISTA 57
ORACIÓN POR LOS MIGRANTES 59

“El mundo abierto a sus desvelos no tiene fronteras, hagan de tal forma que Cristo sea amado y conocido por todos los migrantes”

San J.B. Scalabrini

“Les esperan cansancio, peligros y luchas. Su consuelo y su guía sea la cruz”

Encontrar a Cristo en cada Hermano y Hermana Migrante

Sin duda que el Mensaje que Cristo nos propone es uno solo, pero cada persona encuentra un camino diferente para internalizar y proyectar ese contenido de vida.

Cuando la búsqueda humana se hace difícil, Cristo nos da pistas certeras para no perdernos: "Yo estaré en el más pequeño de sus hermanos y hermanas." Entendiendo el más pequeño como el pobre, el enfermo, el desdichado, el encarcelado, el solitario, el migrante, el refugiado, el desplazado, el perseguido.

San Juan Bautista Scalabrini, con la lucidez propia de los elegidos del Señor, trabajó, hizo suyo y propuso a las personas un carisma muy especial: reconocer y encontrar el rostro y el sentido de Cristo en el rostro sufriente y angustiado de cada migrante. A ello dedicó su vida, su esfuerzo y su genio: fundó una Congregación de Religiosos y otra de Religiosas especialmente dedicados al fenómeno de la movilidad humana y se ganó en justicia, el título de: **"Padre de los Migrantes".**

Hoy, a 119 años de su muerte, la semilla que este insigne personaje sembró ha fructificado y dado fruto ciento por uno. Y en nuestra Provincia de San Juan Bautista, lo mismo que en todo el mundo somos testigos de ello tras más de un siglo de trabajo y esfuerzo de los Misioneros de San Carlos/Scalabrinianos. Parroquias, escuelas, casas del migrante, publicaciones, misiones, casas de formación, ayuda material y espiritual, asistencia cristiana y la dedicación a los migrantes, refugiados, desplazados, deportados, personas en tránsito, víctimas de trata de personas, solicitantes de asilo, dan testimonio coherente de ese carisma especial que caracteriza a los seguidores y continuadores de la gran obra de San Juan Bautista Scalabrini.

Pero no se trata solamente del trabajo tangible que se puede resumir en números y estadísticas. Tan importante como eso, es la proyección que el fenómeno de la movilidad humana ha encontrado en nuestros días. Lo que al inicio algunos entendieron como una mera ayuda o un servicio exclusivamente asistencial para los migrantes, se ha convertido con el paso de los años en un desafío importante no sólo para los cristianos, sino para todas las personas hoy día.

Así lo plantean con claridad certera de pastores los obispos latinoamericanos reunidos en Puebla:

"El desequilibrio sociopolítico a nivel nacional e internacional está creando numerosos desubicados, como son los emigrantes cuyo número puede ser de magnitud insospechada en el próximo futuro. A éstos debe añadirse desubicados políticos como son los asilados, los refugiados, desterrados y también los indocumentados de todo género"[1].

El carácter visionario y casi premonitorio de la vocación de Monseñor Scalabrini por los migrantes va quedando plenamente demostrado y reconocido por las más altas instancias de reflexión dentro de la Iglesia:

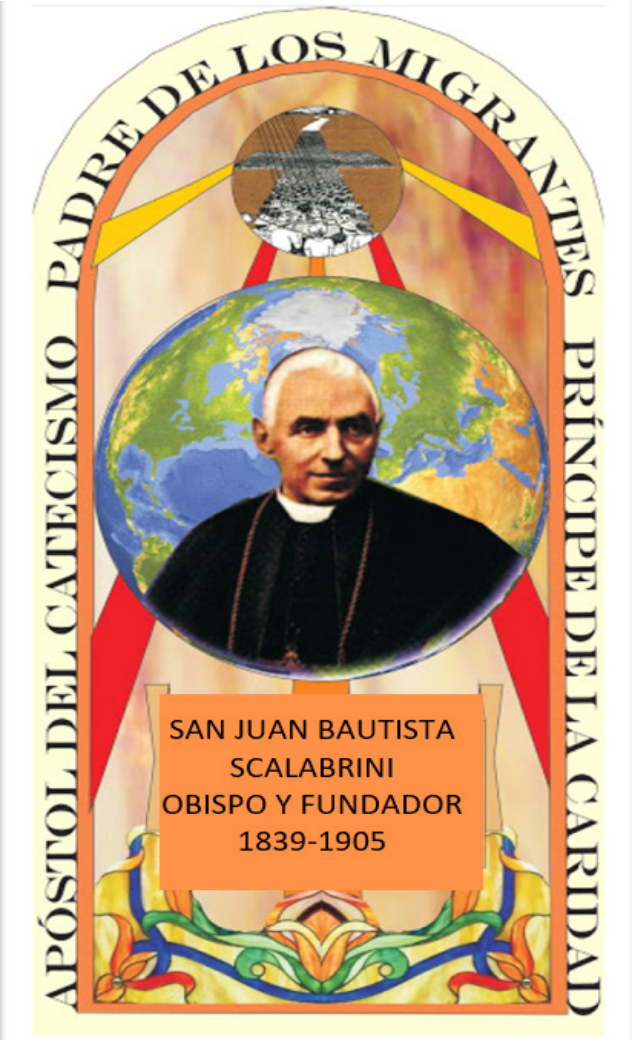
"Es también necesaria la acción de la Iglesia para que los desubicados y marginados de nuestro tiempo no se constituyan permanentemente en ciudadanos de segunda clase, puesto que son sujetos de derecho con legítimas aspiraciones sociales y tienen derecho a una adecuada atención pastoral, según los documentos pontificios y las orientaciones propuestas en las reuniones latinoamericanas sobre pastoral de migraciones"[2].

---

1 Documento Conclusivo de la III Conferencia General Del Episcopado Latinoamericano en Puebla, 1979, No. 1266.
2 Op. Cit No. 1291

La vigencia del fenómeno de la movilidad humana se ha renovado en nuestro tiempo, agigantando la figura de San Juan Bautista Scalabrini que a 119 años de su muerte cobra cada día mayor vida y fuerza.

Para los misioneros scalabrinianos, para los laicos scalabrinianos, voluntarios y para las demás personas que colaboran en la misión scalabriniana, el lema es claro: "Encontrar a Cristo en el rostro de cada hermano y hermana migrante".



En aquel asoleado patio de una antigua casona un grupo de niños de rostros encendidos y sudorosos corrían tras una pelota. De pronto, en medio del ardor del partido, apareció en el patio, afable, apuesto y sonriente, como siempre, un común y querido amigo. Fue como si un árbitro invisible hubiese detenido el juego. Todos, con gran algarabía y vivas muestras de simpatía, lo rodearon.

- "Juanito… No nos vengas con que no tienes tiempo. ¡Hoy sí!"
- "¡Sí, sí, como ayer! – Corearon todos"
- "¡Y que no sea corta!"

Y mientras tanto, rodeándolo cariñosos, suavemente lo fueron empujando hacia una sombreada esquina. Él, tras un instante de concentración, comenzó a hablarles:

-"La última vez les conté la historia del hebreo José. ¿Recuerdan? Ahora les contaré el desafío entre el pastorcito David y el gigantón Goliat"
-"¡Bien!"
- "Bueno. Había una vez…"

Juanito tenía el don de la palabra. Sabía narrar con vivacidad y rara expresión, como quien vive las escenas que narra. Los niños permanecían en silencio para no perder detalle.

Esta es la primera clase de evangelización que conocemos en la vida de San Juan Bautista Scalabrini, Obispo de Piacenza, Italia, Provincia de Emilia. Había nacido en Fino Mornasco, un gracioso pueblo de Como, el 8 de julio de 1839, siendo el tercero de ocho hermanos.

Crecía como Jesús, “en edad, sabiduría y gracia ante Dios y ante los hombres.” Su párroco, P. Felipe Gatti, se conmovía al recordarlo: siempre sonriente, muy inteligente, atractivo y bien plantado y siempre muy querido por sus compañeros.

Dibujo de Barberis

Un día, el P. Felipe encontró por el camino a la mamá y le dijo: -“Señora, no sé lo que pensará usted; pero para mí, Juanito tiene bastante pasta de cura”.

- “Ojalá el Señor me conceda esa gracia. Pero hasta ahora, nunca me habló de esto”.

- “Así es mejor. No nos adelantemos nosotros. Mientras tanto es de buen ejemplo y ayuda en la familia y en la parroquia. Pero… ¡Hay que rezar! Y me parece que no estará tampoco mal una palabrita, una preguntita disimulada. Además, el Espíritu Santo ordinariamente se sirve de la mediación materna. Y la mamá podría ser el Ángel de la Anunciación”.

- “En cuanto a rezar, padre, cada noche concluimos el rosario con la oración por las vocaciones sacerdotales, para que el Señor mande operarios a su mies”.

- “Bien, muy bien señora, rece, y de seguro que el Señor la escuchará”.

Papá Luis, aunque también abrigaba el mismo deseo de su esposa de tener un hijo sacerdote, no lo tomaba con demasiado entusiasmo. De hecho, le preocupaba sobremanera el pensamiento de tener que mantener y labrar un porvenir a ocho hijos. Pero… ¡En fin!... Si el Señor lo llama… Y se regocijaba en su imaginación.

Entretanto, el tiempo pasaba. El jovencito había terminado brillantemente sus cursos básicos, lo mismo con pleno éxito los cursos medios y se había convertido ya en un joven despierto de noble figura, admirado y querido por todos. Sus padres, mientras tanto, conversaban a solas sobre el futuro de su hijo y se acusaban mutuamente porque ninguno de los dos tomaba la iniciativa de interrogar al hijo, en vista que él no hablaba y se adivinaba que algo lo atormentaba.

Un buen día, Juan se encontró en casa solo con su madre. Después de unos largos minutos de indecisión, se atrevió:

- "¡Mamá!"
- "¿Qué deseas Juanito?"
- "Quisiera hablar contigo…"
- "Muy bien, háblame con confianza. ¿Qué tienes? Ves que tu padre y yo estamos preocupados por ti".
- "¿Preocupados? ¿Por qué?"
- "Has terminado tus estudios y no nos dices nada sobre lo que quisieras hacer. Tú sabes que no somos ricos; pero si tú deseas ingresar a la universidad te ayudaremos con cualquier sacrificio. ¡Dios nos ayudará!"
- "¿Y si yo decidiera hacerme sacerdote?"

La mamá abrió tamaños ojos en una expresión de admiración, mientras que el corazón le latía con fuerza.

-"¿De verdad? Pero ¿Lo has pensado bien hijito? ¿Sabes lo que eso significa?"

-"Mamá, hace años que pienso en eso; pero antes de decírtelo quería madurar la idea hasta sentirme seguro de mí mismo".

- “¡Hijito querido, Juan! ¡Deja que te bese! He rezado por ti a la Virgen. Y creo que también tu papá se pondrá muy contento”.

Cuando ella se presentó al día siguiente al Párroco, él le dijo:

- “¿No le dije yo señora que la oración…?”
- “Sí, sí señor cura. Pero ahora se suscita otro problema. Mi marido, ayer, cuando se lo dije, me manifestó toda su satisfacción, pero también su preocupación. Tenemos ocho hijos y no sabemos de dónde sacar los medios para mandar a Juan al seminario”.
“Señora, no piense en eso. Dios proveerá. Yo me encargaré de hablar del asunto con quien podrá ayudarles”.
-“Gracias señor cura, nos quita un grave peso de los hombros”.

Casa de nacimiento en Fino Mornasco, Como

De los años pasados en el Seminario de San Abundio de Como, y luego en el Seminario Mayor no tenemos muchas noticias. Se ha encontrado, sin embargo, una anotación en el archivo escolar que de por sí es el más elocuente elogio: “Scalabrini fue siempre el primero en los estudios y en conducta.”

Para él, el tiempo era verdaderamente oro. Parecía que había hecho un voto de no perder ni un minuto. A menudo se le veía recogido en el estudio, aún durante las horas de descanso. No consideraba suficiente instruirse en las doctrinas sagradas, sino sentía la fuerte necesidad de adquirir una cultura general lo suficientemente profunda para poder dialogar también con los “alejados”. Luego, llegó a aprender muy bien el francés y el español, entendía sin dificultad el inglés y el alemán.

Monseñor Bonomelli, obispo de Cremona y amigo fraternal de Scalabrini, pudo escribir más tarde: “Dios lo había dotado de una inteligencia despierta, versátil, aguda, limpia y vasta. En cualquier ciencia lograba éxito sin sombra de dificultad y las cuestiones más arduas de filosofía, historia y política, las conocía al dedillo y las trataba con desenvoltura, seguridad y claridad tales que sorprendía. Parecía que se había especializado en todo”.

Archivo General Scalabriniano

“SUS INDIAS SON ITALIA”

San Juan Bautista Scalabrini fue ordenado sacerdote el 30 de mayo de 1863 y celebró su Primera Misa en la Iglesia de Fino Mornasco el domingo siguiente asediado por el entusiasmo de sus paisanos, que repetían: “solo este podía ser su destino”. Pero después de la ordenación sacerdotal, la mamá Colomba fue notando que su hijo Juan iba planeando algo. A menudo lo sorprendía preocupado y cuando ella lo miraba incierta, él rehuía su mirada. “¡Virgen Santa -rezaba la pobre mujer, sin saber qué pensar- a ti te lo confío!” Una tarde, Juan le abrió su corazón.

- “¡Mamá!”
- “¡Hijo mío! ¿Qué sucede?”
-“Mamá, ¿Recuerdas cuando hace seis años te dije que quería ser sacerdote?”
- “Sí, lo recuerdo”

Juan se puso de rodillas frente a su madre que no acababa de entender.

- “Pero ¿Qué pasa hijo mío?”
- “Quiero tu bendición: ¡Ahora quiero hacerme misionero, ir a las misiones!”
- “¿Misionero?”

Y la madre no pudo contener su llanto.

- “¡Sí! Pero entonces, ¿No me das tu bendición?”
- “¡Juanito! Si esa es la voluntad de Dios, que se cumpla. Yo te bendigo y me encomiendo a tus oraciones”.

El sacerdote se puso de pie, abrazó a su madre y lloraron un buen rato juntos. Scalabrini escribió una carta a Mons. Marinoni, Superior del Instituto Pontificio para las Misiones Extranjeras (PIME) en Milán, exponiéndole con humilde confianza su deseo. El prelado le respondió inmediatamente que lo aceptaba de mil amores y le fijó una entrevista en la Casa Madre.

El Obispo de Como, mientras tanto, no se resignaba a tener que perder en la Diócesis a un sacerdote de tan estupendas cualidades y sobre el que había cifrado mil esperanzas y proyectos precisos. Un día que lo encontró en Milán, precisamente con Mons. Marinoni, respondió al atento saludo de Scalabrini con estas severas palabras: "Tengo que decirle algo: ¡Sus Indias están en Italia!"

¿Un rayo en un cielo azul? Pero considerando que las dos almas de Marinoni y Scalabrini eran igualmente santas y plenas de fe, se adhirieron sin reservas a la voluntad de Dios manifestada por Mons. Marzorati. Al llegar a Fino Mornasco, Mons. Scalabrini encontró allí una carta de su Obispo, que lo nombraba para el inicio de ese año escolar 1863, director de disciplina y profesor de historia general del Seminario de San Abundio.

Seminario Menor de San Abundio, en Como
Fotografía: Archivo Scalabriniano

Scalabrini 1887 - Archivo General Scalabriniano

Cuatro años después, toda Italia se vio conmovida por la propagación del terrible "cólera morbus." También en la Diócesis de Como, las víctimas se contaban a centenares. Había urgente necesidad de asistencia porque casi todos tenían miedo al contagio, sobre todo porque en ese tiempo, los medios terapéuticos eran escasos y de incierta eficacia. Scalabrini no lo pensó dos veces. Dejó inmediatamente el seminario y corrió al lecho de los enfermos para llevarles el consuelo cristiano y toda la asistencia humanamente posible. Al que le advertía el peligro de contagio, él respondía: "¡Jesús está allí y me llama".

La obra de caridad de Scalabrini y el valor demostrado en aquella lamentable circunstancia, además de servir de ejemplo a sus buenos sacerdotes y de bendición y reconocimiento de todo el pueblo, despertaron también el reconocimiento del supremo gobierno que le otorgó la medalla al valor civil.

La epidemia cesó en agosto. Scalabrini volvió a su seminario, en donde como el Vicario Capitular, Mons. Octavio Calcaterra le tenía preparada una novedad absolutamente imprevista. Cuando falleció el Rector del Seminario, P. Alejandro Bolzani, no se halló otra persona mejor preparada para sucederle que el mismo Scalabrini. Él alegó su poca preparación y su ineptitud para un cargo de tanta responsabilidad. Recordó que todavía no cumplía 28 años y que, por tanto, carecía de la necesaria experiencia.

Iglesia de San Bartolomé,
en Como, donde Scalabrini fue Párroco
Fotografía: Archivo Scalabriniano

Se le replicó que todo eso había sido considerado y que el Señor lo quería allí. Si esa era la voluntad de Dios, a Scalabrini no le quedaba más que inclinar la cabeza, confiado, como siempre que quien le imponía el deber le prestaría también el poder. Desde ese momento, reclutar sacerdotes santos para la Iglesia fue la aspiración de su corazón, el ansia de su alma, la finalidad de su vida.

Parecía verdaderamente que Scalabrini debía empeñar toda su existencia para la formación espiritual de los seminarios. Pero de improviso, después de solo tres años, en 1870, su Obispo lo promovió a párroco de la Iglesia de San Bartolomé, una parroquia de más de 16,000 almas y entre las más importantes de la ciudad de Como. La Providencia en efecto, lo guiaba y preparaba su porvenir, enriqueciéndolo con la nueva experiencia de pastor.

El párroco Scalabrini rezó, pidió consejos y estudió profundamente un programa de renovación parroquial que cristalizó en las más variadas iniciativas. Prometió con gran celo el espíritu de oración y de manera particular, la devoción eucarística y mariana. Promovió la Acción Católica, fermento de vida cristiana entre el pueblo. Tuvo especial solicitud por los niños y los jóvenes y fundó para ellos un Oratorio que puso bajo la protección de San José. Para los pequeños, construyó un asilo y escribió un libro que tuvo una gran difusión en toda Italia:

"El Pequeño Catecismo para los Asilos de Infancia". De fácil y convincente oratoria, era invitado frecuentemente en la diócesis y fuera de ella. Memorables fueron sus conferencias en la Catedral de Como sobre el Concilio Vaticano I lo que llamó la atención sobre él del mismo Papa Pío IX.

Característica igualmente sobresaliente fue su ardiente amor por los enfermos de la parroquia. Los visitaba con frecuencia y gran cariño y con las palabras de consuelo de la fe y los Santos Sacramentos, a menudo, les llevaba alguna ayuda material. En la gran parroquia de San Bartolomé no hubo ninguna categoría de personas que no se considerara la predilecta de su Pastor y Padre.

Fotografía: Archivo Scalabriniano

OBISPO DE PIACENZA

Un día, el buen párroco Juan Bautista Scalabrini se hallaba recitando el breviario de rodillas en su capilla cuando ve que se le acerca un canónigo desconocido para él. Creyendo que deseaba celebrar la Misa, le hizo un gentil ademán para invitarle a pasar a la sacristía: "No gracias, Monseñor, ya celebré la Misa esta mañana temprano y he venido aquí inmediatamente en la esperanza de ser yo el primero en tributarle mi homenaje a mi nuevo Obispo de Piacenza". Scalabrini cayó de las nubes y por unos minutos quedó como petrificado, sin decir palabra; pero luego se repuso, guio hasta la casa parroquial al señor canónigo y ofreciéndole un cariñoso café le recomendó que regresara a su casa sin hablar con nadie del asunto, porque era una noticia que no tenía en absoluto ningún fundamento y le habría desagradado que se difundiera entre el pueblo.

Scalabrini 1876
Archivo General Scalabriniano

Pero el mismo día, Scalabrini recibió una carta certificada de Roma con la noticia de su nombramiento. Incrédulo aún, corrió a la Iglesia, fijó en el Tabernáculo sus ojos llorosos y murmuró entre sollozos: "¡Señor, yo no soy digno!… ¡Soy un siervo inútil! ¡Si es posible, pase de mí este cáliz! ¡Pero hágase tu Santa Voluntad!"

El 30 de Enero de 1876 Monseñor Juan Bautista Scalabrini fue consagrado Obispo en Roma por el Cardenal Alejandro Franchi y el mismo día escribió a los "dilectos hijos de Piacenza" su primera Carta Pastoral. Catorce días después hizo su entrada en la diócesi de Piacenza. Era joven, alto, de hermoso aspecto, su rostro iluminado con una sonrisa cautivadora; el pueblo desde el primer momento quedó conquistado por él e hizo su primer comentario: "¡Qué simpático y atrayente es!".

EL APÓSTOL DEL CATECISMO

Dibujo de Barberis

Es imposible profesar y amar una fe sin conocerla adecuadamente. Mons. Scalabrini estaba tan convencido de ello que puso el catecismo como piedra angular de su edificio espiritual en la diócesis de Piacenza. Tenía dos meses como obispo cuando publicó una espléndida Circular que tiene como argumento la necesidad de profundizar la doctrina cristiana para niños y adultos.

Recordando el ejemplo de su santo predecesor, el Beato Pablo Burali, del siglo XVI ordena que cada párroco de las 365 parroquias de la diócesis instituya la *"Compañía de la Doctrina Cristiana"* escogiendo entre las personas mejores y las más instruidas a los directores, maestros y asistentes a cuya formación, todo párroco debe dar prioridad absoluta sobre todo ministerio espiritual. Para facilitar a sus sacerdotes esta preminente misión, él mismo compiló un Catecismo y fundó la Revista *"El Catequista Católico"* la primera en su género en Italia.

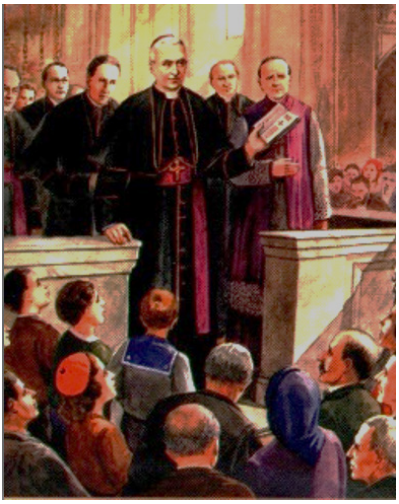
En la diócesis reflorece un verdadero fervor por la enseñanza del catecismo como si se tratara de un nuevo descubrimiento. La relación del primer año de experiencia es significativa y consoladora para el corazón del obispo. Los predicadores de la palabra de Dios eran 1,774 de los cuales 403 son sacerdotes, 36 clérigos, 30 religiosas y más de 1,200 laicos.

El Papa Pío IX informado de la actividad catequética de Mons. Scalabrini, al recibirlo en 1877 junto con otros obispos de la región Emilia, se congratuló vivamente de él y lo señaló como ejemplo definiéndolo como "Apóstol del Catecismo" y agregó: *"Hoy, hay mucha preocupación por construir el segundo piso de las casas, pero poco se piensa en el primero. El Catecismo es la base y fundamento de toda obra pastoral. Con buenos catecismos se salva la sociedad".* Después con espontáneo gesto, se quitó la cruz pectoral y se la entregó al Obispo de Piacenza diciéndole: *"La cruz de los obispos es preciosa, pero es más pesada".*

Fotografía: Archivo Scalabriniano

Más tarde, en una ocasión muy dolorosa, Mons. Scalabrini, en sus escritos íntimos comentaría: "El Obispo lleva una cruz sin la imagen del Buen Jesús, ¿Por qué? Porque debemos amar la cruz aun sin el consuelo de verlo". Y a una persona amiga le confidenció: "¡Si supiera cuánto pesa esta cruz! ¿La vida de un obispo es verdaderamente la vida de un mártir?"

MISIONERO SIN DESCANSO



Dibujo de Barberis

Monseñor Scalabrini tomó la decisión de visitar todas las 365 parroquias de su Diócesis al menos cada 5 años. Y mantuvo su promesa viajando a menudo a lomo de mula y cuando no había sendero, a pie, por varios kilómetros cuesta arriba. Ni las lluvias torrenciales, ni el sol ardiente, nada nunca lo hizo aplazar su proyectada visita.

Los familiares a menudo le mostraban preocupación por su salud: "Excelencia -le decían- así se maltratará hasta el punto de enfermar. Por ese camino no tendrá larga vida. Un poco de descanso de vez en cuando no le perjudicará su labor". A lo que él solía responder: "¡Qué descanso ni qué descanso! La vida es corta, demasiado corta. Descansaremos en el cielo. ¡Cuando al Señor le plazca!".

A él le bastaba observar los rostros de alegría de sus montañeses para sentirse aliviado de todo cansancio. Un periódico sectario se vio forzado a confesar: "Monseñor Scalabrini va visitando una a una todas sus parroquias con una fortaleza admirable, increíble… ¡Muchas de esas parroquias no recibían la visita de un obispo desde hacía tres siglos!"

Durante su episcopado reunió en torno suyo en tres Sínodos a todos sus sacerdotes para agradecerles su labor apostólica, para hacerles sentir cuánto los amaba y apreciaba y como compartía sus problemas y ansiedades, sobre todo para animarlos a emprender con él las reformas que consideraba necesarias para un renacimiento religioso y moral de la Diócesis.

LA PISTOLA EN LA MESA DE LUZ

Su apostolado no conocía límites o demora. Un día le vinieron a decir que había en la ciudad un joven enfermo de muerte y que rehusaba obstinadamente todo auxilio religioso. Más aún, a quienes procuraban hacerlo reconciliar con Dios, mostraba una pistola, que guardaba junto a su cama en su mesa de luz, diciendo con rabia: "¿Ves esto? Tiene dos balas: una para el primer sacerdote que se asome por aquí, y la otra para mí".
- "¡Yo iré! -Dijo sin más Mons. Scalabrini".
- "Pero Excelencia, ese es un energúmeno".
- "¿Dónde vive?" Dijo en tono imperativo el Obispo.

Dibujo de Barberis

Ante el estupor y el temor de las personas presentes, se hizo conducir a esa casa y sin titubear entró en el cuarto del enfermo. Las numerosas personas, que se hallaban en la sala contigua, horrorizadas se miraron sobrecogidas, ocultaban el rostro entre las manos y esperaban el estampido de un disparo. El obispo demoraba en salir. Tras larga media hora abrió la puerta y dijo simplemente a un sacerdote:
- "Este joven desea cuanto antes recibir la Santa Comunión. Por favor, vaya por el copón".

En otra ocasión, mientras bullía una revuelta en las calles de Piacenza, no tuvo temor de atravesar la plaza entre la refriega, para asistir a un pobre hombre herido de gravedad y bañado en sangre. Lo atendió cariñosamente, le escuchó su angustiado adiós mientras exhalaba su alma al Señor. Estos y otros hechos semejantes, que luego corrieron de boca en boca en la población, cimentaron la unión y el amor con el propio obispo de quien no sabían, si admirar más la valentía o la santidad.

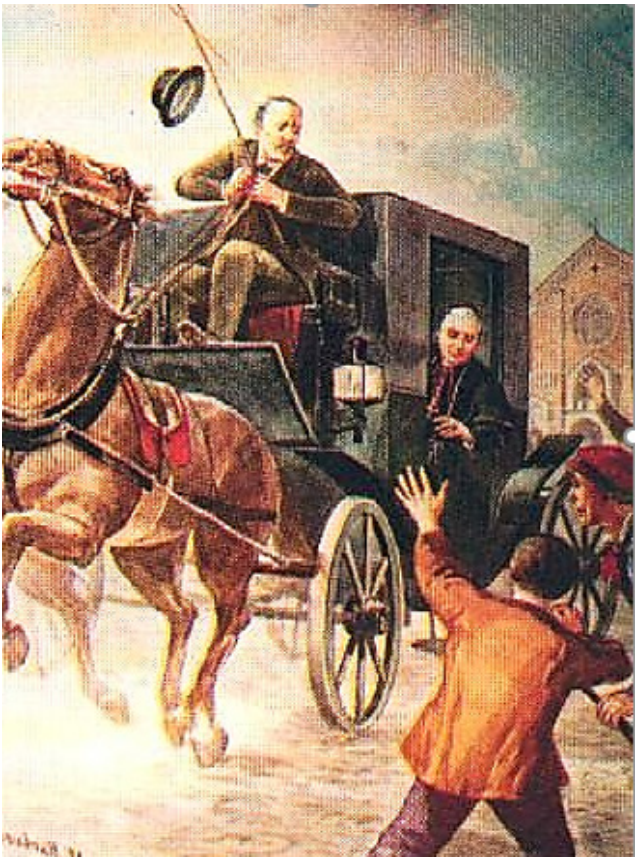
A pesar de todo, sucedió también en Piacenza lo que parecía imposible que sucediera. Los individuos, se sabe, considerados uno por uno, son o parecen todos buenos. Pero cuando se ven envueltos en una masa humana sobrecargada de pasiones encontradas, pueden de improviso, convertirse en una banda de facinerosos que todo destroza y atropella.

Una tarde de Febrero de 1878, el Obispo Scalabrini regresaba cansado a Piacenza de una visita pastoral a una de sus parroquias lejanas; a las puertas de la ciudad, algunas personas bienintencionadas le detuvieron el coche para informarlo de que ciertos tipos habían sublevado al pueblo en su contra, porque, obedeciendo a la Santa Sede, no había celebrado los funerales en sufragio del Rey Victorio Emmanuel II. Mons. Scalabrini reflexionó un instante, luego musitó: "No, no es posible…" E hizo señas al cochero de que siguiera adelante. No, no podía ser posible que su pueblo hubiese olvidado así a su Pastor y Padre.

Pero esta vez, desgraciadamente se equivocó. Su pueblo estaba irreconocible. Primero, encontró gente a su paso, que en vez de saludarlo afectuosamente como de costumbre con demostraciones de fiesta, bajaba la vista y después resonaron por los aires palabrotas soeces e injuriosas y luego, sintió caer sobre la carroza gruesas piedras que le destrozaron los vidrios. El Obispo Scalabrini insinuó asomarse extendiendo una mano afuera; pero un infeliz se la agarró con fuerza y groseramente la escupió.

La habilidad del cochero, que intuyó lo peor y azotó a los caballos con vigor, logró alejar del peligro sano y salvo a Scalabrini. Este, con el alma desolada como Cristo en el Huerto de los Olivos, fue a desahogar su amargura ante el tabernáculo en su capilla privada: "¡Señor -susurró llorando- si es fuerza que yo beba de este cáliz, hágase tu Santa Voluntad!"

La violencia en la plaza no varió la actitud del obispo por las disposiciones pontificias, que durante su vida honró con toda lealtad. Solo cuando de Roma llegó el permiso, el obispo Scalabrini bajó hasta la Catedral y celebró pontificalmente las honras fúnebres por el difunto rey de Italia. La gente solo entonces se percató del grave desatino contra su Padre y Pastor, corrió a llenar el templo, pidiendo expresamente perdón por la ingratitud en un momento de insensatez y exasperación atizadas por un grupúsculo de anticlericales. Pio IX cuando tuvo conocimiento de estos hechos, le hizo llegar al Obispo de Piacenza, como regalo personal, un cáliz de oro con diamantes.



Dibujo de Barberis

EL FLAGELO DE LA CARESTÍA

¡Un cáliz de oro, regalo del Papa! ¡Debía ser una reliquia que era menester conservar toda la vida! Pero, precisamente el año siguiente en 1879, se desató en la zona una carestía que será memorable en los anales de la historia de Piacenza. Se llegó al extremo que se moría literalmente de hambre. ¿Qué hizo San Juan Bautista Scalabrini? Lanzó una llamada a la solidaridad de las almas buenas y ¡Él se adelanta con su buen ejemplo!

Transformó dependencias del obispado en una gran cocina en donde se distribuyeron a los pobres, primero mil, luego cuatro mil platos al día. Y era claro que los fondos económicos se fueron reduciendo a la vista. Entonces, el obispo sin pensarlo dos veces vendió primero los caballos, luego, la carroza y todo lo transforma en alimentos.

Pero surgieron pronto otras urgencias. Entonces siguió con su ajuar personal, lo vacía para vestir a las personas que morían de frío. Y quedaba todavía el preciado cáliz de oro. ¿Cómo privarse de él? ¡Es un recuerdo demasiado querido! Pero los pobres, en los que vive Cristo Verdadero son más preciosos y Mons. Scalabrini no vacila, lo vende, y el reparto de sopa no se interrumpe.

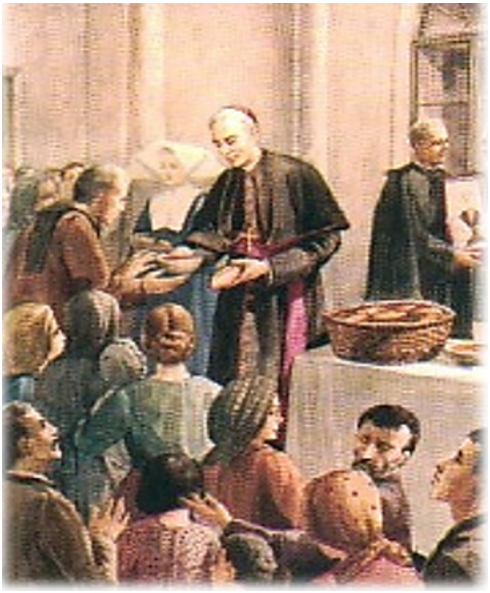
Los que lo rodean le dicen: "-Excelencia, si sigue así, acabará en la indigencia". "Nada mejor –respondió sonriendo el obispo- que imitar a Jesús que nació entre pajas!"

Diez días después, el senador Medoro Savini declaraba en pleno parlamento: "También nosotros debemos hacer algo; no podemos permitir que el obispo de Piacenza demuestre más corazón que nosotros. Señores, yo, delante de ese sacerdote, y todos ustedes saben que nadie puede tildarme de clerical, me inclino reverente porque admiro su sublime apostolado; y si todos los sacerdotes fueran como él, ¡Me haría clérigo también!"

Pero hay otros episodios edificantes que vale la pena recordar. Un día en la calle un pobre le tiende la mano. Monseñor Scalabrini tomó su portamonedas, saca de él cinco liras (cantidad importante en ese tiempo) y se las da. El pobre titubeaba y no se decidía a recibirlas.

El secretario que acompañaba siempre al obispo Scalabrini a donde quiera que fuese, se atrevió a observarle:

-"Excelencia, será mejor que yo le guarde su dinero, porque me temo…"
-"Bueno, toma, tómalo todo. Tienes siempre miedo de que te falte la tierra bajo los pies".



Distribuyendo alimentos y ropa a los necesitados 1879-1880, Dibujo de Barberis

Muchos sacerdotes deben a la generosidad de Scalabrini el haber podido realizarse en su vocación apostólica. Un caso entre mil.

Un jovencito está de rodillas ante él y le suplica: -"Excelencia, soy huérfano de padre y madre. Quisiera continuar mis estudios para ser sacerdote, pero no tengo medios…" El obispo, con toda naturalidad se dirige hacia su ecónomo y le dice: "¿Entendió usted? Atiéndalo y póngalo todo a mi cuenta". Esta es la historia de Mons. Sidoli, quien fue arzobispo de Génova.

PADRE DE LOS SORDOMUDOS

Un día que el obispo Scalabrini pasó en su carroza (que después de la carestía, le fue donada por las Damas de la Caridad) por la periferia de la ciudad vio al borde del camino a un joven que gemía de frío. Era un pobre sordomudo. Como el Buen Samaritano, descendió de la carroza el buen obispo y con la ayuda del secretario subió al coche al pobrecito que acababa de salir de la cárcel y no sabía dónde ir. Se lo llevó al obispado donde lo tuvo algunos meses, mientras se preocupaba a enseñarle a entender y a hablar. Pero el infeliz, herido ya gravemente en la salud, no pudo gozar de toda la exquisita caridad de su bienhechor, porque la "hermana muerte" lo vino a buscar.

Este episodio fue para Mons. Scalabrini un mensaje del cielo. Comenzó a reflexionar cómo hasta entonces nadie había hecho por estos pobres que tienen boca y no hablan, tienen oídos y no oyen. Y tomó una decisión valiente e inmediata. Con la ayuda de una Congregación Religiosa, que entonces surgía de la Sierva de Dios, Madre Rosa Gattorno, el año 1880 ante la conmovida admiración de toda la ciudad, fundó en Piacenza un Instituto para Sordomudas, que protegió siempre con particular predilección. Apenas podía, iba feliz a pasar unos momentos entre ellas, comía con ellas y se entretenía contento allí.

Beata Ana Rosa Gattorno

Un periodista que no era cristiano, que estaba presente en un acto académico que las pequeñas sordomudas solían ofrecer cada año a sus bienhechores, escribió así: "…Subió al escenario una niñita de ojos inteligentes a recitar una poesía. Su voz era gutural y las sílabas brotaban como sollozos de sus labios. La pobrecita no podía oír lo que decía. Digámoslo francamente y que nadie se nos ría, se nos humedecieron los ojos de conmoción… Aplaudimos con gesto de reconocimiento a Mons. Scalabrini como la mudita aquella… Al fin del acto académico, el público aplaudió de pie, profundamente conmovido, accediendo generosamente con ofrendas para la obra. Sola, como acurrucada a los pies de una religiosa, la más pequeña de las muditas miraba triste. Había querido también ella expresar su reconocimiento al Padre, que la había recogido de la calle; pero no tenía nada, nada. Mirando las flores esparcidas que había por el suelo, que el público entusiasmado había lanzado, tomó la mejor flor y se la llevó al Padre y con un sollozo que quería ser su agradecimiento, expresó así el himno melodioso que nosotros queremos brindar a este héroe…".

Instituto de las sordomudas, en Como fundado por Scalabrini, 1879

EN LOS ARROZALES

Otra categoría de personas marginadas (y olvidadas) de la sociedad impactó la sensibilidad del obispo de Piacenza. La operación de los arrozales interesaba en ese tiempo, sobre todo a las provincias de los Apeninos de Liguria y Emilia: cada año, cerca de 170,000 hombres, mujeres y niños, se trasladaban por una temporada de dos meses a los arrozales piamonteses y lombardos para la limpia y trasplante del arroz, movidos por la indigencia de sus respectivas familias.

Dibujo de Barberis

En una carta circular a los vicarios foráneos de su diócesis, Mons. Scalabrini hacía observar: "Muchos y muy graves son los peligros y los males que encuentran esos pobrecitos, peligros y males morales y físicos que es fácil imaginar. Urge poner remedio a todo ello: urge hacer lo posible para que esos pobrecitos no sucumban víctimas de especuladores sin escrúpulos para que vayan advertidos contra las insidias a su fe, para que tengan tiempo y comodidad de santificar el día festivo, para que su moralidad sea resguardada, para que reciban una digna y justa remuneración, para que, en fin, lejos de sus familiares, encuentren defensa, protección y alivio".

Pero las palabras para Mons. Scalabrini parecerían falsas e inútiles si no se acompañasen de hechos. Comenzó pues, por sensibilizar a los demás obispos interesados en el fenómeno de los arrozales. Juntos elaboraron un estudio y un plan definido sobre las condiciones de trabajo, o sea, salarios, horarios, descanso semanal,

Campesina de la zona de Liguria 1898

alimentación, alojamiento, higiene y luego decidieron construir "la Obra de los Arroceros" que era un Comité de sacerdotes y laicos que se empeñarían concretamente en resolver los problemas que se derivarían de esta dolorosa migración interna, junto con solicitar al gobierno las medidas más necesarias y urgentes.

La obra, que mereció luego la más alta aprobación de las autoridades religiosas y gubernamentales, perduró por más de cincuenta años; aportando un gran bien a esos trabajadores, que encontraron siempre en ella un punto de referencia contra toda suerte de contingencias, abusos o tratos ilícitos.

Familia en los arrozales lombardos 1885

PROFETA DE RECONCILIACIÓN

En el corazón de Scalabrini, además del sentido de fe, ardía vivo un profundo sentimiento de amor patrio. A sus misioneros dictará como lema: "Llevar donde quiera que haya un italiano emigrante (sic), el consuelo de la fe y la sonrisa de su Patria". Él vivió un período de gran tensión entre la Iglesia y el Estado Italiano. La unidad de Italia con Roma como capital, se había logrado pisoteando los legítimos derechos del Papa, que cosechando las así llamadas "Leyes de las Garantías" vivía como prisionero en su palacio del Vaticano.

Esta lamentable situación suscitaba continuamente un problema de conciencia a los buenos ciudadanos italianos, que veían que de hecho se les vedaba todo derecho de elegir parlamentarios o a ser ellos mismos elegidos haciéndole así el juego al bando laicista porque de ninguna manera podían influir en las decisiones que el Estado proponía para todos los italianos. Monseñor Scalabrini, a través de la prensa y los contactos con altas personalidades civiles y religiosas hizo lo mejor que pudo para que se llegara a un acuerdo que juzgaba indispensable para la paz y la tranquilidad del país.
Por esto, fue frecuentemente criticado sobre todo por medio de los periódicos que se

Archivo General Scalabriniano

autoproclamaban los únicos paladines de los derechos transgredidos del Pontífice, como "El Observador Católico" de Milán. Fue acusado de liberalismo y de pasarse a los masones, contra los intereses inviolables de la Santa Sede, Mons. Scalabrini sufrió muchísimo por esto ya que su devoción al Papa fue siempre incondicional. Había escrito: "Al Papa, los ojos de la mente; al Papa, los afectos del corazón. Solo en él y para él y con él podemos ser uno solo".

El amor se demuestra también con la verdad, cuando en una Carta al Pontífice en 1885, se permite sugerir una propuesta en sumo grado real. O sea, "que Su Santidad aceptara ese tanto de poder civil que fuera suficiente para hacer y manifestar plenamente libre la apostólica y soberana misión del Papa". Al Papa León XIII como consta históricamente, no le pareció extraña esa proposición, tanto así que encargó al mismo Scalabrini que tanteara la opinión pública de los católicos italianos con un ensayo, editado anónimo, con el título: "Transigentes e Intransigentes: Observaciones de un Obispo".

Sin embargo, los tiempos no estaban aún maduros, y el obispo Scalabrini fue blanco de venenosos dardos de parte de periódicos "más papistas que el Papa". Monseñor Scalabrini sabía leer los signos de los tiempos y supo entender que, en el momento designado por Dios, las controversias entre el Estado y la Iglesia se allanarían con recíproca satisfacción. Pero tuvieron que pasar casi cincuenta años para que su esperanza se convirtiera en realidad con los Pactos Lateranenses de 1929. Hoy nosotros no podemos olvidar a las personas de amplia visión que con sus intervenciones y sus sacrificios prepararon la aurora radiante de la pacificación nacional en Italia.

PADRE DE SACERDOTES

La grey camina segura, conducida a pastos abundantes cuando no le faltan pastores y buenos pastores. El deseo ardiente de una seria e iluminada formación en sus tres Seminarios de Bedonia y Piacenza preocupó a Mons. Scalabrini durante toda su vida. "Velar por los seminarios –escribía- debe ser el principal objeto de cuidados y pensamientos de un obispo. También nuestra diócesis piacentina tiene sus seminarios. Yo los amo, sí, los amo como a la pupila de mis ojos, porque en la creciente esperanza del sacerdocio, yo veo un signo de la futura prosperidad de mi grey".

Scalabrini 1876.
Archivo General Scalabriniano

Preocupado porque ninguna vocación se perdiera por escaseaz de medios materiales, fundó en la diócesis la Obra de San Opilio para seminaristas pobres, obligando por este medio a cada parroquia y donde fuera muy pequeña a cada vicariato, a mantener gratuitamente en el seminario a un alumno pobre, él mismo se proponía como ejemplo, comprometiéndose a pagar a sus propias expensas la pensión de dos seminaristas, uno en Bedonia y otro en Piacenza.

Si los quería doctos, aún más, los quería santos. "El que ante el pueblo tiene un alto sitial en dignidad, debe superarlo en santidad de vida; el que es elegido para ser representante de Dios debe reproducir en sí mismo, la imagen divina: es la condición necesaria para que el ministerio sea fecundo entre las almas". Con tal maestro, no debe extrañar que el clero piacentino haya sido siempre considerado entre los más preparados de Italia.

UN ÉXODO BÍBLICO

En la historia de nuestros pueblos, siempre hay un capítulo sobre la emigración; pero en la historia de Italia, se habla no solamente de un capítulo, sino de un angustioso drama, en un siglo movilizó algo así como 25 millones de italianos. Sería como decir que directa o indirectamente a traumatizado a la mayor parte de las familias en Italia. Ya en los tiempos de Mons. Scalabrini, el éxodo había cobrado dimensiones verdaderamente impresionantes: más de 300 mil italianos partían cada año de Génova o de Nápoles hacia tierras de América, en donde esperaban encontrar pan más abundante y con menos sudores que en la patria.

Familia de inmigrantes italianos, 1905
World History Archive

Pero resulta interesante conocer cómo vivió esas vicisitudes dramáticas el obispo de Piacenza. Nos lo narra él mismo en el opúsculo que publicó en 1887: "La Migración Italiana en América".

"Hace varios años, en Milán, fui espectador de una escena que dejó en mi alma una impresión de profunda tristeza. De paso por la estación vi la amplia sala, los pórticos laterales y la plaza adyacente invadidos por tres o cuatro centenares de personas pobremente vestidas, divididas en diversos grupos. Sobre sus rostros bronceados por el sol, surcados por las arrugas precoces que suelen imprimirles las privaciones, se transparentaba el tumulto de los afectos que agitaban en ese momento su corazón. Eran viejos encorvados por la edad y los esfuerzos, hombres en la flor de la virilidad, mujeres que traían consigo o llevaban en los brazos sus niños, jovencitos y jovencitas todos hermanados por un sólo pensamiento, todos dirigidos hacia una meta común…".

Inmigrantes arribando a América, 1915
Foto: Edmunds E. Bond

"Eran emigrantes. Pertenecían a varias provincias del norte de Italia y esperaban con temor a que la ocomotora los llevara a orillas del Mediterráneo y desde allí a las lejanas Américas, donde esperaban encontrar menos adversa la fortuna y menos ingrata la tierra a sus esfuerzos.

"Partían, esos pobrecitos, algunos llamados por parientes que los habían precedido en el éxodo voluntario; otros sin saber con precisión hacia dónde iban, atraídos por ese poderoso instinto que hace migrar a los pájaros. Iban a América, donde había, lo escucharon repetir muchas veces, trabajo bien retribuido para quien tuviese brazos vigorosos y buena voluntad…".

Puerto de Génova, 1887
En esa época eran hombres solos que dejaban atrás a sus familias
World History Archive

"No sin lágrimas habían dicho adiós al pueblito natal, al cual los ligaban tan dulces recuerdos; pero sin añoranza se disponían a abandonar la patria, ya que ellos no la conocían más que bajo dos formas odiosas: el reclutamiento y el recaudador de impuestos, y ya que, para el desheredado, la patria es la tierra que le da el pan, allá lejos esperaban encontrar ese pan, menos escaso, aunque no menos sudado. Me fui emocionado".

“Una oleada de pensamientos tristes me hacía un nudo en el corazón. Pensé: ¡quién sabe qué cúmulo de desventuras y privaciones les hace parecer dulce un paso tan doloroso!... ¿Cuántos desengaños, cuántos nuevos dolores les prepara el porvenir incierto?”.

Mujeres inmigrantes italianas, 1907
World History Archive

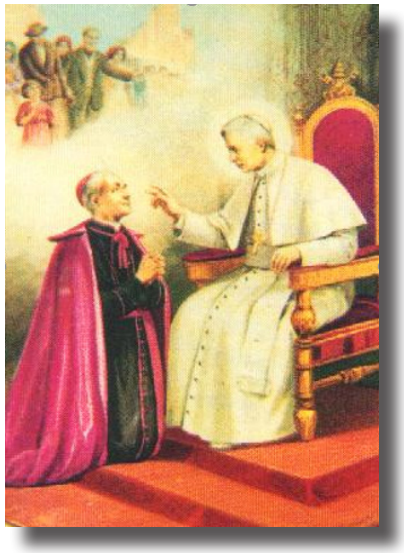
“¿Cuántos conseguirán la victoria en la lucha por la existencia? ¿Cuántos sucumbirán entre los tumultos ciudadanos o en el silencio de la llanura deshabitada? ¿Cuántos si bien encontrando el pan para el cuerpo, perderán el del alma, no menos necesario que el primero y perderán, en una vida totalmente material, la fe de sus padres?”

“Desde aquel día la mente se me fue muchas veces hacia aquellos infelices y esa escena me actualiza siempre otra, no menos desoladora, no vista, pero vislumbrada en las cartas de los amigos y en las relaciones de los viajantes… y me hacía mil veces la angustiosa pregunta: ¿Cómo poder tenderles la mano?”.

Mujer inmigrante italiana, 1906
World History Archive

Mons. Scalabrini encontró la solución y tanto puso manos a la obra que pasará a la historia con el apelativo de “El Padre de los Migrantes”. Ante todo, comprendió que era indispensable informar a la opinión pública de la real situación. Visitó por lo tanto las ciudades más importantes de Italia, donde dictó memorables conferencias de las que la prensa fue notable caja de resonancia. Dirigió luego informes al gobierno de Italia por medio del Honorable Pablo Carcano, su antiguo compañero de colegio en el Liceo Volta.

LOS MISIONEROS DE LOS MIGRANTES



Archivo General Scalabriniano

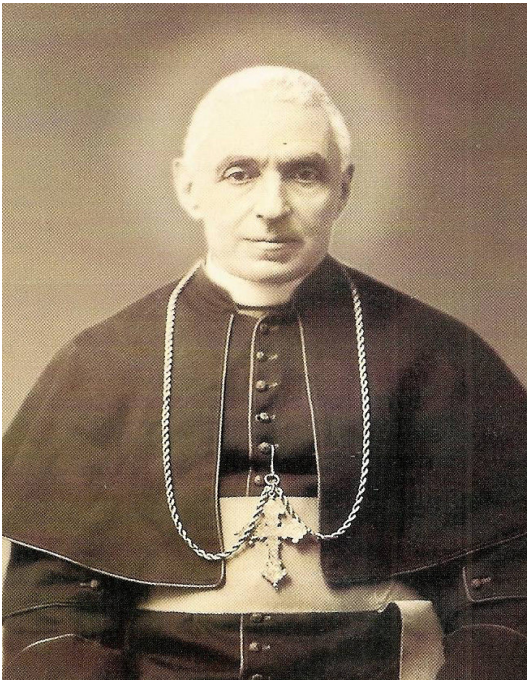
La conmoción por las penurias de los emigrantes italianos era general, pero en ninguna parte aparecían hechos concretos. San Juan Bautista Scalabrini se propuso entonces elaborar un plan para proteger a los emigrantes de los "agentes de la emigración" (más conocidos como mercaderes de carne humana) y procurar su bienestar moral y material en América. Su aguda sensibilidad e inteligencia le hicieron comprender que había muy poca asistencia para los emigrantes en los puertos y en los países de destino. Se necesitaban sacerdotes llenos de celo por las almas y motivados por un espíritu de gran sacrificio que optaran por convertirse en emigrantes voluntarios con los emigrantes, que compartieran radicalmente su vida con ellos, que los protegieran de todo abuso y, sobre todo, que mantuvieran viva la llama de la fe que habían heredado de su patria. Por ello, lanzó un llamamiento a todos los sacerdotes para que reflexionaran sobre el gran mérito de esa vocación especial.

El Santo Padre León XIII, que siempre quiso estar al corriente de las ideas ilustradas del Obispo de Piacenza, el 15 de noviembre de 1887 aprobó que se fundara en Piacenza el "Instituto para Misioneros de los Emigrantes". Para demostrar su incondicional estima por la nueva obra, acompañó el Breve Pontificio con una generosa oferta de dinero.

Dos sacerdotes respondieron inmediatamente a la llamada de monseñor Scalabrini: El P. Domingo Mantese, de Vicenza, y el P. Giuseppe Molinari, de Piacenza. Ellos fueron la pequeña semilla que en poco tiempo se convertiría en un árbol grande y robusto que daría cobijo a millones de emigrantes en todas las latitudes del mundo. El 28 de noviembre, San Juan Bautista Scalabrini les regaló el crucifijo misionero, dando inicio a la Congregación de los Misioneros de San Carlos.

A los dos primeros sacerdotes se unieron pronto otros cinco, tres sacerdotes y dos hermanos coadjutores; Mons. Scalabrini el 12 de julio de 1888 les entregó en una solemne acción litúrgica en la Basílica de San Antonino, en medio de la alegría de una multitud jubilosa, el crucifijo de los misioneros repitiendo la fórmula de consagración: "Recibe hijo, al compañero indivisible de sus peregrinaciones apostólicas, tu único verdadero consuelo en la vida y en la muerte".

En aquella ocasión, el ya célebre historiador César Cantú escribió al fundador: "A vuestra bendición ruego que unáis los deseos de este viejo, que admira un gesto tan valiente y de tanta abnegación tan ajena a toda mira humana. El mundo tendrá la ligereza de ignorarlos, la ingratitud de olvidarlos, pero ellos partirán a la Santa Misión, teniendo como bandera la Cruz y el grito de combate: ¡Cristo hoy y Cristo siempre!".



Archivo General Scalabriniano

LAS MADRES DE LOS MIGRANTES

Mural de la Paróquia Imaculado Coração de Maria – Lauro Müller

Con especial intuición de apóstol, Mons. Scalabrini comprendió que también una familia religiosa necesita de un padre y una madre. Ya vemos en nuestras buenas parroquias italianas qué útiles son -e indispensables- las hermanas religiosas en su cotidiana presencia en los asilos, en las escuelas, en el catecismo, en la animación litúrgica, en la asistencia a los pobres y a los enfermos. Entre los migrantes, era evidente la urgencia de su solícita inserción para llegar donde la obra del misionero, independientemente en su celo encomiable, no podía llegar.

Mons. Scalabrini aprovechó la oportunidad que le ofreció uno de sus misioneros destinado a Brasil, el P. José Marchetti, quien confió a su madre y hermana, la beata Assunta Marchetti, el cuidado de algunos pobres huérfanos en Sao Paulo. El 25 de octubre de 1895 dio vida en Piacenza a la "Congregación de las Hermanas Misioneras de San Carlos Borromeo", a las que entregó el crucifijo, enviándolas a asociarse con sus misioneros que ya trabajaban en América.

25 de octubre 1895, fecha de fundación de la Congregación de las hermanas Misioneras de San Carlos Borromeo - Scalabrinianas.

A otras hermanas, la "Congregación de las Apóstoles del Sagrado Corazón de Jesús", fundada por la beata Clelia Merloni, que atravesaban un momento de crisis, monseñor Scalabrini les abrió las puertas de la misión a los emigrantes. Desde entonces, aquella congregación comenzó a renovarse y consideró al obispo de Piacenza como su segundo fundador.

SANTA FRANCISCA JAVIER CABRINI

Retrato de Santa Francisca Javier Cabrini, 1880

Un párrafo aparte, merecen las hermanas de Santa Francisca Javier Cabrini. Ella era una maestra de escuela, que había reunido en torno a sí, a un grupito de jóvenes celosas y piadosas, que llenas de santas ansias apostólicas, no se inclinaban a ninguna dirección precisa, pero que estaban dispuestas siempre con todo a servir Jesús y Señor en las misiones. Su animadora, admirada de la fama que gozaba en toda Italia el obispo de Piacenza, decidió pedirle un consejo, manifestándole al mismo tiempo su intención de orientarse hacia la misión en China o las Indias. Mons. Scalabrini repitió a la pequeña gran fundadora lo que un día le había dicho a él su obispo, rectificándole su propósito: "Tus indias son las Américas".

La Madre Cabrini, sin embargo, pareció titubear y deseó en un asunto de tanta importancia, escuchar la opinión del Santo Padre. El Papa León XIII que había sido advertido con santa astucia por Mons. Scalabrini, a la santa humilde religiosa arrodillada a sus pies, con un gesto decidido de su mano, replicó, seguro y bondadoso: "No el Oriente, sino el Occidente". La voluntad de Dios no podía ser más clara.

El obispo de Piacenza, tuvo el inmenso gozo en el año de 1889 de hacer entrega a la misma Madre Cabrini y a un primer grupo de hermanas que partían a Estados Unidos de América, el crucifijo de Misioneras de los Migrantes. Así, nuestros hermanos y hermanas, lejos de su patria, tienen la inmensa satisfacción de contar a su lado con la compañía de tantos Padres y Madres, que, con emotiva entrega, los sostienen, los confortan, conviven con ellos, poniéndose siempre al servicio de ellos y de sus hijos e hijas.

NAVEGANDO POR EL OCÉANO

Cada año, un grupo de nuevos misioneros pronunciaba sus votos en las manos del fundador y cruzaba el océano con dirección a los Estados Unidos de América o a Brasil, que eran las metas preferidas de los migrantes italianos.

Monseñor Scalabrini mantenía constantemente correspondencia con sus misioneros y gozaba hasta las lágrimas leyendo cuánto bien hacían aun en condiciones a veces muy penosas. En más de una ocasión ellos le pidieron una visita, porque con su presencia se sentirían más seguros en sus a veces difíciles opciones. Por otra parte, también el obispo de Piacenza sentía la nostalgia de sus hijos lejanos; así que en ese recíproco deseo hizo madurar en él la decisión del primer viaje a ultramar. El 18 de julio de 1901, animado por una particular bendición del Santo Padre, se embarcó en la nave "Liguria" y partió de Génova rumbo a los Estados Unidos. De sus apuntes, entresacamos algunos párrafos para darnos cuenta del clima en que se hizo la travesía.

"28 de julio: Mañana radiante. Primeras Comuniones y Confirmaciones de varios hijos e hijas de nuestros migrantes. Rodean el altar –al aire libre- cerca de 1,200 personas. Antes de la Misa, predico. Muchos no pueden reprimir la emoción. Celebro la Misa con viva unción, asistido por el P. Luis. Cuando hago alusión a la patria lejana… se siente en el aire un gemido, un llanto general…; pero al referirme luego a la patria celestial, todos elevan conmovidos la mirada al cielo…".

"Cada día, de las 16 a las 17 horas, explico a un lindo grupo de jóvenes, el Catecismo".

"1o. de agosto. – Ayer he confesado a un buen número de hombres, y esta mañana debo repetir la misma celebración del domingo 28; pero el viento fuerte nos obliga a hacerlo en el salón grande. Hay numerosas comuniones y tres confirmaciones. ¡Aún sin serlo, uno se vuelve elocuente!".

EN LOS ESTADOS UNIDOS

El "Liguria· se mantuvo alejado en cumplimiento de la "cuarentena", pero de Nueva York partieron dos embarcaciones a su encuentro. Con los Misioneros estaba Monseñor Ferrante, secretario del arzobispo de Nueva York Monseñor Corrigan, junto con muchos laicos italianos y americanos. Al llegar las embarcaciones, Mons. Scalabrini se asoma a la baranda y de los pechos de los italianos que viajaban con él como de los que habían salido a su encuentro irrumpe espontáneo, vibrante y sincero el grito de "¡Viva Italia!" "¡Viva Monseñor Scalabrini!".

Él baja, abraza a sus misioneros, oye con conmoción un discurso de bienvenida, responde con cordiales palabras. Las calles de la parroquia están artísticamente adornadas con guirnaldas y atestadas de italianos. Mons. Corrigan lo acoge con inmenso cariño y se apresta para hospedarlo en sus habitaciones, pero Mons. Scalabrini prefiere quedarse en la modesta casa de sus misioneros. Un periódico americano califica ese recibimiento de "regio".

Permaneció en Estados Unidos casi cuatro meses, en los que su preocupación principal fue hablar con sus compatriotas migrantes y sobre todo con sus misioneros, cuyas confidencias, dificultades y problemas apostólicos escuchó con cariño paternal. En esos meses pronunció 340 discursos, recorrió 15,000 km, durmiendo a menudo en tren para ganar tiempo y poder visitar el mayor número de migrantes.

Scalabrini en Saint Joseph's Seminary New York, agosto 1901 Archivo General Scalabriniano

Antes de partir de los Estados Unidos, obtuvo audiencia con el presidente Theodore Roosevelt, al que confió la suerte de sus compatriotas italianos, recibiendo del presidente formal promesa de cumplir con sus deseos. Al partir de esa tierra con el alma henchida de alegría y de gratitud al Señor por la fidelidad, celo y sacrificio de sus misioneros, llevó consigo, el recuerdo de la última función litúrgica del Sagrado Corazón en Boston. El templo, de gran capacidad, estaba atestado de público; la mayor parte de las personas tuvieron que quedarse en la plazoleta de la entrada.

Scalabrini con el presidente Theodore Roosevelt, 10 octubre 1901
Dibujo de Barberis

El obispo entonces, después de haber bendecido a los presentes en el templo, salió con el ostensorio al umbral de la puerta de la iglesia y todo el inmenso mar de gente se arrodilló como una sola persona. El espectáculo fue tan imponente y conmovedor que el alcalde protestante de la ciudad, al saludar después a Mons. Scalabrini dijo estas textuales palabras: "Si yo veo otro espectáculo como éste, pierdo mi fe y me hago católico".

Visitando a los emigrados italianos, el obispo de corazón sin límites, se dio cuenta de que quizá peor que los italianos se hallaban los emigrados de otras naciones y, de vuelta a Italia, en una audiencia especial que tuvo con el Santo Padre Pío X, le sugirió la propuesta de instituir en la Santa Sede una Comisión para "todos los emigrados católicos". La muerte le impidió a Mons. Scalabrini ver el cumplimiento de su ambicioso proyecto, pero sus misioneros, herederos e intérpretes de su espíritu, ampliando el fin de la congregación a comprender en su asistencia a los emigrados de cualquier otra raza o nación.

EN BRASIL

Monseñor Scalabrini, al visitar las misiones de Norteamérica no había cumplido sino la mitad de lo que se propuso. Le quedaba por visitar aún las misiones de Brasil. Se había convencido, tras el viaje a América, de que una cosa es conocer a las personas y las situaciones personalmente y otra es conocerlos de oídos, aunque sus informantes fueran tan dignos de fe como sus propios misioneros. Además, le pareció que había logrado con la gracia de Dios, hacer mucho bien en los Estados Unidos y esperaba hacer otro tanto en Brasil.

Cuando manifestó sus intenciones, muchos intentaron disuadirlo, ponderándole las dificultades de los viajes en Brasil, en nada comparables con los de Estados Unidos, de los que había regresado exhausto y maltrecho, considerando además su salud ya no tan juvenil. No eran ciertamente las dificultades físicas las que podían amilanar a un hombre del temple de Mons. Scalabrini. Ellas más bien se le presentaban como un desafío que él aceptaba con valor. Obtenida la bendición del Santo Padre, el Papa Pío X, el 13 de junio de 1904 partió de Piacenza, saludado y ovacionado por una multitud de sacerdotes y fieles. Y una multitud aún más nutrida lo recibió y aclamó en el Puerto de Santos en Brasil el 9 de julio.

Pero leamos su narración: "Llegué a Sao Paulo el 9, a las 11:30 horas. La banda de nuestros huerfanitos fue a encontrarme como a cinco millas de distancia y subieron gratuitamente al tren que en Santos habían puesto a mi total disposición".

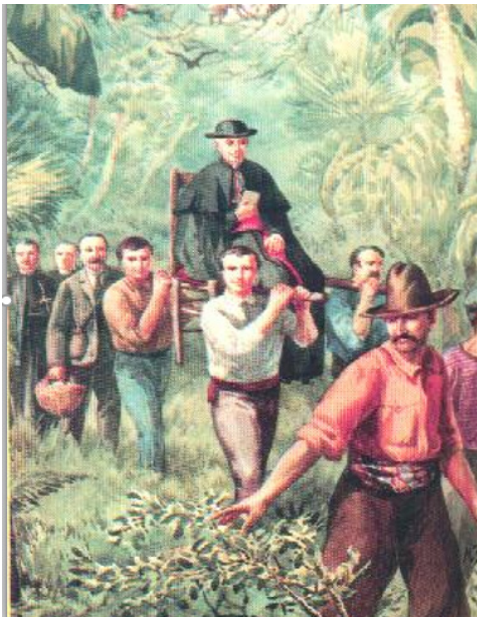
Brasil Rio-Taquary-1904
Archivo General Scalabriniano

“Ayer visité al Señor Obispo, con quien me entretuve largo tiempo, hablando sobre todo de nuestros emigrados. Sobre una población de un poco más de dos millones de habitantes, la mitad y más son italianos. La diócesis comprende todo el estado de Sao Paulo. Es un lugar espléndido. ¡Qué magnificencia de plantas! ¡Qué exuberancia! ¡Qué flores de mil colores!... Se diría que el Paraíso Terrenal debía o podía estar aquí”.

“Nuestros buenísimos misioneros gozan de la estimación de todos y la veneración del clero y del laicado. Los dos orfanatos son dignos de admiración. Estos 260 huerfanitos edifican con su bondad, piedad y educación. De estas dos casas ya han salido 810 huérfanos educados y colocados. Ayer muchos se reunieron aquí, bendiciendo la “Santa Casa” como ellos la llaman”.

Brasil Sao Paulo 1904-
Orfanato de niñas
Archivo General Scalabriniano

No estaban muy errados sus consejeros de Italia cuando le decían que Brasil no era Estados Unidos: escasísimos los trenes, pocos y muy a menudo, cuando caían copiosos aguaceros que todo lo reducían a barro, a caballo por largas horas que parecían interminables. Lo consolaba empero, la conmovida acogida de los emigrados, que salían a su encuentro desde lejos en hileras de caballos, hileras cuyo fin no se veía y el hecho que, al llegar a una "colonia" muchos se subían a los árboles para verlo y oírlo hablar.



Dibujo de Barberis

El ambiente era en verdad muy diverso al de Estados Unidos: aquí, casi todos trabajaban la tierra, eran sencillos y espontáneos como lo son siempre la mayoría de las personas de campo. Todos hubieran querido confesarse con "el obispo" y Mons. Scalabrini, a veces calado hasta los huesos se encerraba en su confesionario hasta avanzadas horas de la noche, para reanudar al día siguiente con la aurora. No se sabía si dormía o no… Se vieron luego los frutos. Por ejemplo, en Bento Gonçalves una familia numerosa de Treviso que era protestante abjuró en manos del obispo que recibió nuevamente en la Iglesia a catorce personas. En Alfredo Chaves confirmó a 5,000 fieles, 2,153 en un solo día. En los cuatro meses de su permanencia en Brasil fueron más de 25,000 los confirmados.

Para hacernos una idea más precisa de Brasil de ese tiempo, leamos las anotaciones en su diario: "3 de agosto: Estoy en Santa Felicitáde. Es esta, dicen la mejor colonia de Brasil. Bellísima la iglesia, de gran capacidad. Aquí hay religiosas, escuelas, frecuencia de Sacramentos, de Palabra de Dios, como en las mejores parroquias de Italia. En los alrededores, visité también muchas otras colonias italianas: Agua Verde, Campo Comprimido, Timbituva, Caratuba, Ferraria, Rondinha, Campinas, Umbarán, Santa María, Nuovo Tirolo, etc., que me recibieron con indescriptible demostración de simpatía. Cada colonia tiene su iglesia, donde el misionero llega periódicamente según sus posibilidades. Este territorio de bosque impenetrable, cueva de ladrones y asesinos, ahora es un jardín".

"25 de septiembre: Estoy en San Laurenço de Villas Boas. He salido de Encantado el jueves 22 y después de 5 horas a caballo llegué sorpresivamente. Me esperaban el día anterior, pero la lluvia (diluvio) había hecho imposible hasta el paso de un caballo. Apenas me divisaban, las varias colonias hacían retumbar cañones y corrían a recibirme, atónitos y conmovidos por tanto coraje. Aquí confirmé a 1,500 cristianos de todas las edades".

Pero no terminaríamos nunca si quisiéramos seguir a Mons. Scalabrini en su peregrinar de una misión a otra, entre dificultades sin cuento, pero siempre con el corazón rebosante de alegría por los espectáculos de fe que presenciaba cada vez más insospechados y conmovedores.

Archivo General Scalabriniano

EN MEDIO DE LOS PUEBLOS ORIGINARIOS

No podemos pasar por alto una aventura, más bien, curiosa que le esperaba a este obispo que, cuando novel sacerdote ardía en celo de evangelizar a los infieles. En el Territorio de Tibagy, en la jurisdicción de la diócesis de Curitiba, vivía una tribu aún en estado salvaje y que odiaba entrañablemente a los brasileños, por los abusos e injusticias que, continuamente, éstos cometían. Un año antes, un padre capuchino, lleno de celo y de coraje, intentó evangelizarlos. Tomó consigo un guía y se internó en la selva; pero apenas puso un pie en el territorio, vio caer a su compañero, que era brasileño, víctima de una flecha envenenada. Bajó luego del caballo y se puso de rodillas encomendando su alma a Dios; pero los nativos, saliendo de sus escondites, le aseguraron que no lo tocarían, porque solamente los brasileños eran enemigos. El padre capuchino regresó a su casa y no osó repetir la hazaña.

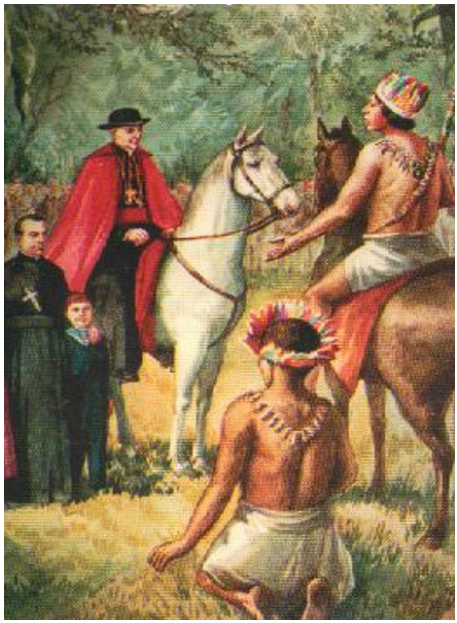
Mons. Scalabrini, entretanto, y planeando acercarse a alguna tribu del interior, pidió una gramática y con la rara facilidad que tenía para aprender lenguas, en poco tiempo logró aprender la lengua guaraní lo suficiente para hacerse entender. Oyendo hablar sobre el estado de esa tribu ardió en deseos de hacer algo por ellos. Un día, mientras predicaba, vio entre la muchedumbre a uno de esos nativos. Lo mandó llamar y le preguntó:

-"¿Está muy lejos tu tribu?"
-"No tanto, a veinte horas de caballo"
"Bien, ve a decirle a tu jefe que el obispo italiano desea verlo y hablarle".

La persona regresó después de algunos días diciendo que el jefe se sentiría feliz de ver al obispo en la selva y de hablarle. Todos trataban de disuadir a Monseñor, pero él no se dejaba atemorizar y emprendió el viaje con un pequeño séquito.

Al llegar a la entrada de la selva, son recibidos a pedradas, pero resulta que sus agresores, eran… ¡monos! Se adentran hasta la sede de la tribu; y en su cercanía, el obispo, para causar una mayor impresión, se vistió con sus más vistosos hábitos episcopales. Llegan ante el jefe. Este circundado de un centenar de nativos a caballo, vestidos con pieles de animales y adornados con collares de perlas y plumas de pájaros, se le acerca y pronuncia un discurso en guaraní, lamentando que sus tribus, después de haber sido evangelizadas doscientos años atrás hubieran sido abandonadas, y agradece al obispo italiano que finalmente les demostraba que no los olvidaba. Le presenta luego, dos vasos de plata encontrados por él entre las ruinas de las antiguas misiones allí fundadas por los Jesuitas.

Ante la general maravilla, el obispo Scalabrini toma la palabra en guaraní, explicando el involuntario abandono de la Iglesia y trayéndoles el saludo paterno del Gran Sacerdote de Roma y prometiendo que, de regreso a Italia le hablaría de la tribu. En el séquito del obispo, iban solo italianos de quienes los nativos no recelaban, porque solo odiaban a los brasileños. Fue fácil entonces confraternizar. Las simpatías de los nativos se concentraban sobre todo en el P. Marcos Simoni, a quien no querían dejar partir. Mons. Scalabrini les prometió que lo enviaría apenas aprendiera mejor la lengua guaraní que era indispensable; y les recomendó, además en medio de la general hilaridad, que no se lo comieran.



Dibujo de Barberis

DE REGRESO A ITALIA

Monseñor Scalabrini concluyó su viaje por Sudamérica en Buenos Aires, en donde pudo saludar a su hermano Pedro a quién no veía cuarenta años atrás y que lo esperó junto con el Internuncio Mons. Sabatucci y con el obispo auxiliar. Finalmente, el 11 de noviembre zarpó en el "Cerdeña" rumbo a Italia, llegó a Génova el 5 de diciembre, acogido cariñosamente por familiares y personalidades civiles y religiosas.

Al día siguiente llegó a Piacenza, sin previo aviso, porque no quería que se repitiera la recepción triunfal de su regreso de los Estados Unidos. Pero apenas se supo de su llegada, se echaron a volar las campanas de la Catedral, que hicieron eco con las demás y una multitud clamorosa lo esperó en la plaza.
En la tarde se cantó solemnemente el Te Deum de acción de

Scalabrini con su hermano Prof. Angelo Scalabrini, Génova,1901 - Archivo General Scalabriniano

gracias. Apenas la prensa difundió la noticia, llovieron telegramas de adhesión, alegría y general simpatía. Por supuesto, el saludo más cordial fue el del Santo Padre con carta autógrafa, en que le expresaba el deseo de oír de viva voz, lo más pronto posible, la relación de lo visitado. Acompañaba la carta con una medalla de oro con la figura del Santo Padre y el Escudo Pontificio.

Dibujo de Barberis

Parecía no carecer de fundamento lo que se rumoreaba por todas partes y se leía en la prensa, en el sentido de que el Santo Padre le proponía la promoción de arzobispo de Ravena, luego el patriarcado de Venecia, luego el cardenalato. Pero en su humildad, rechazaba todo eso y repetía a todos que ya era muy viejo para emprender un trabajo episcopal en otra diócesis. "Soy viejo –escribía a su amigo íntimo Mons. Bonomelli- y más que en promoción, debo pensar en la muerte".

En verdad, los que vivían junto a él, aunque lo veían siempre infatigable, pudieron observar que no tenía ya el vigor de antes. Una vez, después de una visita pastoral particularmente laboriosa, se le oyó exclamar: "Me muero de cansancio". Desde un tiempo sufría en silencio una enfermedad muy seria que jamás, por exceso de delicadeza, quiso revelar a nadie, sino cuando fue ya demasiado tarde. La había contraído en sus interminables jornadas misioneras, horas y horas a caballo y a la intemperie de lluvia y frío. Tuvo finalmente que quedarse en cama, y, como sus males agravaban haciendo temer lo peor, se avisó a sus parientes.

El domingo 28 de mayo de 1905, dos eminentes médicos en consulta con otros colegas lo operaron de urgencia. El resultado de la intervención pareció al principio satisfactorio; pero el miércoles siguiente Mons. Scalabrini se agravó peligrosamente. Se le preguntó si deseaba recibir la unción de los enfermos, y él con un hilo de voz, respondió: "¡Sí, pronto!".

Luego se adormeció. En poco tiempo más, se le subió la fiebre y comenzaron alarmantes devaneos. A ratos se le oía repetir: "¿Y mis sacerdotes? ¿Dónde están mis sacerdotes? Déjenlos entrar. No los hagan esperar mucho". En un momento de lucidez se le comunicó que llegaba la bendición particular del Santo Padre. Se conmovió hasta derramar copioso llanto y dijo: "Denle gracias por mí, filialmente". Durante los breves momentos de lucidez confortaba a sus familiares, daba disposiciones sobre su sepultura y dijo: "¡Voy al encuentro de mi Señor!... A todos los canónigos y párrocos que se encuentren presentes en mi agonía, les doy la facultad de impartirme la absolución `in artículo mortis´". Luego se durmió. Su rostro estaba sereno, no como quien se acerca a la muerte sino a una fiesta.

En la madrugada del 1 de junio entró en agonía, que fue brevísima. Sus labios musitaban una oración. Eran las seis de la mañana, fiesta de la Ascensión del Señor al cielo, cuando su alma dejó esta tierra para acompañar al Señor en su gloria.

Los funerales fueron una apoteosis. Nunca se había visto desfilar a tanta multitud ante un féretro, con lágrimas en los ojos y orando… Todos en la ciudad Piacenza y en toda la diócesis tuvieron la clara sensación de sentirse de improviso, huérfanos, porque a todos les venía a faltar el Padre y ¡Qué Padre! El periódico "la Libertad" publicó: "Son verdaderas peregrinaciones de obreros y campesinos de todas las partes de la diócesis las que llegan acongojados a contemplar por última vez la bendita faz de su obispo".

La tumba del santo obispo está hoy en la Catedral de Piacenza. Un monumento evoca su imagen y un bajorrelieve destaca su viaje a las Américas. Él, que en su vida terrena acogió siempre con bondad y ternura a todos, acoja también nuestra oración para que seamos dignos un día de participar de su gloria en el cielo.

Urna de cristal, en Piacenza

SU VIDA INTERIOR

Monseñor Scalabrini se levantaba todos los días a las cinco y se recogía en meditación. "Renuevo la obligación de la meditación -escribió en su diario espiritual-: es necesario hacer una hora de meditación y todavía es poco para un Obispo. Al que dejase la meditación, le falta fe o le falta seso…". Luego celebraba la Santa Misa con admirable devoción, a la que seguía una parte del rezo del Breviario. Su piedad le exigía "a lo menos una vez al día" la visita al Smo. Sacramento; pero al atardecer, después de haber rezado el rosario con sus familiares, se retiraba en su capilla privada y permanecía en coloquio con Jesús Sacramentado hasta las 23 horas, momento en que se retiraba a descansar.

La devoción al Smo. Sacramento iba a la par con la de la Virgen. Cuando hablaba de ella (y no perdía ocasión de hacerlo), su rostro se transfiguraba y se conmovía hasta las lágrimas; el auditorio en esas ocasiones quedaba embelesado. Solía decir que un sacerdote que no está dispuesto a improvisar en cualquier momento un discurso sobre el Santísimo Sacramento o sobre la Virgen no es un buen sacerdote.

Promovía peregrinaciones a los Santuarios de su Diócesis en Roveleto, Bardi, Bettola, Bedonia, Rivergaro. Él mismo a menudo las encabezaba; y dio en ofrenda todas las joyas que había recibido de su familia para coronar las sagradas imágenes de la Virgen. Muchas veces en su vida expresó el deseo de descansar, después de su muerte en el Santuario de la Virgen de las Gracias de Rivergaro, "bajo la mirada de María". Y cada día de su vida recitaba una fórmula de consagración a la Virgen, en entrega total a ella.

Dibujo de Barberis

Archivo Oficina Provincial de Comunicación , Provincia San Juan Bautista

En la misma proporción en que era bueno e indulgente con los demás, era severo consigo mismo. Mortificaba continuamente sus sentidos en una atenta vigilancia. “Un poco de ascética y de la fina -escribía-, es el remedio contra todos los humores negros”. Una ascética, como la entendía él, le hacía ver en los sufrimientos, en unión con los infinitamente meritorios de Cristo, el secreto escogido por la Providencia para dar fuerza y solidez a todos los propósitos de bien. Repasando sus escritos, resalta una jaculatoria como predilecta: “¡Oh, Señor! ¡Haz que me enamore de tu Cruz!”. En el museo scalabriniano de la Casa Madre en Piacenza, sus misioneros conservan todavía con veneración un cilicio y una cadenilla que él llevaba sobre sus carnes hasta hacerlas sangrar.

Después de su Muerte, muchas personas publicaron los favores extraordinarios obtenidos por su intercesión y desde varios puntos se elevaron voces que pedían introducir la causa de canonización. Así se introdujo el proceso informativo en la curia diocesana y de ahí transmitido a Roma. El Señor nos ha concedido poder venerar en la tierra a su siervo santo, bueno y fiel. El Papa Juan Pablo II, 9 de noviembre de 1997 pronunció la fórmula de elevación como Beato, asignándole el 1 de junio como fecha de veneración. El 9 de octubre 2022 la Iglesia, a través del Papa Francisco, ha reconocido la santidad de su vida nombrándolo oficialmente Santo y proponiéndolo como ejemplo de amor a Dios y a los pobres, especialmente a los migrantes.

VIVE EN SUS HIJOS

A los que naturalmente más fuerte golpeó su muerte, fue a sus misioneros y misioneras. No faltaron quienes se preguntaban si su obra habría podido continuar después de su muerte. Pero las obras de Dios no mueren, aunque a veces deben pasar por el fuego de la purificación. A la muerte de Mons. Scalabrini ya se habían erigido veintitrés misiones para los emigrados a ultramar, con unos cincuenta misioneros. Los delegados de las varias misiones scalabrinianas se reunieron en Piacenza, donde por gran mayoría eligieron Superior General al P. Domingo Vicentini, que, en ese momento, después de una vida laboriosísima en Norte y Sudamérica, era Superior de la Casa Madre de Piacenza nombrado justamente el año anterior por el Fundador.

Parecía que todo iba a velas desplegadas, cuando sobre Italia y sobre el mundo se desencadenó el flagelo de la Primera Guerra Mundial y pareció que había llegado así el fin para la tierna plantita de Scalabrini… Era la prueba esperada y temida de las obras de Dios. Pero en el año de 1924 un grupo de clérigos teólogos, llenos de fervor y celo, convencieron a la Sagrada Congregación Consistorial (que en el entretanto había tomado la dirección de la obra scalabriniana) a que se volviera a ensayar un nuevo impulso a lo ya emprendido. Nuevas y numerosas ordenaciones sacerdotales devolvieron renovados bríos a la Obra y las misiones en las dos Américas prosperaron día a día.

Medalla del centenario de la muerte del Obispo de Piacenza, emitida 2005, anverso.

En el año 1930, se construyó en Bassano del Grappa el grandioso Instituto Scalabriniano, con capacidad para trescientos seminaristas y en 1933, se erigió el primer Seminario para los hijos de los emigrantes en Melrose Park, Illinois en Estados Unidos de América. Luego se fundaron parroquias y más parroquias, seminarios y más seminarios, obras para emigrantes en Italia, Europa, las Américas y Australia, con una providencial apertura a todas las migraciones de toda raza y color.

Hoy, la Congregación Scalabriniana está presente en 33 países, atendiendo a los Migrantes y Refugiados. Sin retórica, podría aplicarse la histórica frase: "…sobre sus Misiones no se pone el sol…", feliz augurio de un futuro siempre mejor. ¡Que así sea!

Archivo General Scalabriniano

EN EL MUNDO HAY

281 MILLONES DE MIGRANTES (Estimación de la ONU, 1 de julio de 2020)	169 MILLONES DE TRABAJADORES MIGRANTES (Estimación de la OIT, 2021)
30.51 MILLONES DE REFUGIADOS (Estimación de la ONU, 30 de junio de 2023)	37 MILLONES DE NIÑAS Y NIÑOS MIGRANTES
75.9 MILLONES DE DESPLAZADOS INTERNOS (Estimación de Internal-Desplacement.org, diciembre de 2023)	125 MILLONES DE MUJERES MIGRANTES
	20 MILLONES DE APÁTRIDAS

EN ESTADOS UNIDOS

12.2 MILLONES DE INDOCUMENTADOS

50 MILLONES DE INMIGRANTES

Cada año, alrededor de 150 000 personas son deportadas de los Estados Unidos.

MISIONEROS DE SAN CARLOS SCALABRINIANOS

Somos una comunidad apostólica de religiosos, sacerdotes y hermanos, inserta en la actividad misionera que Cristo continúa en la Iglesia para realizar su Plan Divino de salvación en el mundo.

Este plan fue revelado plenamente en Cristo, enviado por el Padre "para dar la Buena Nueva" a los pobres y para "reunir a los hijos e hijas de Dios dispersos en el mundo".

Los scalabrinianos estamos llamados a anunciar el misterio de la salvación a las personas en situación de movilidad humana. Para cumplir con nuestra misión, nos solidarizamos con todas aquellas personas que tienen la experiencia de perder la seguridad que da la familia, el idioma y la patria.

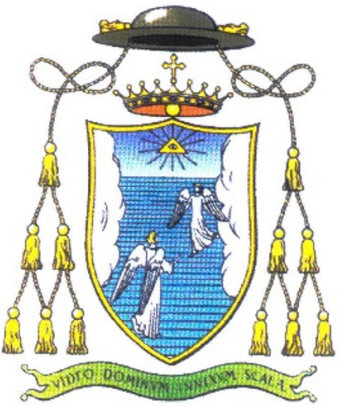
También recordamos a la Iglesia que, como discípulos y misioneros de Jesús, estamos llamados a acoger, proteger, promover e integrar a todas las personas, sin distinción de raza, credo, nacionalidad o idioma, que por algún motivo se ven obligados a salir de su patria: migrantes, refugiados, solicitantes de asilo y marinos mercantes.

Los Misioneros de San Carlos estamos presentes en 33 países de los 5 continentes del mundo

+ **ORIENTAMOS** a los Emigrantes
+ **ACOGEMOS** a los Refugiados
+ **APOYAMOS** a los Indocumentados
+ Nos **SOLIDARIZAMOS** con los Desplazados
+ **ACOMPAÑAMOS** las Migraciones Internas
+ Damos **HOSPEDAJE** a los Marineros
+ **APOYAMOS** las Conferencias Episcopales en algunos países
+ **SENSIBILIZAMOS** a la opinión pública a través de: publicaciones, programas de radio y TV, páginas web y redes sociales.

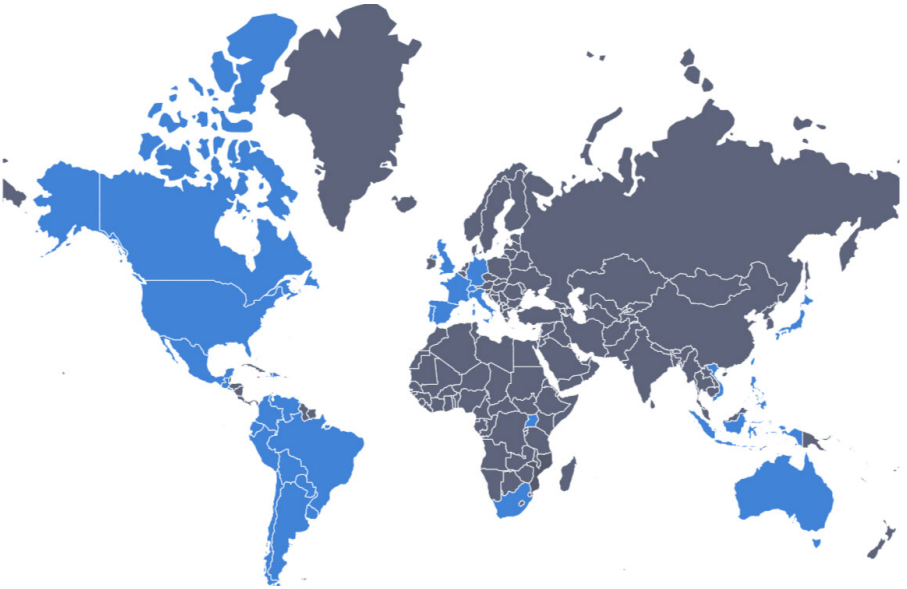
Humilitas

MISIONEROS DE SAN CARLOS
SCALABRINIANOS



El logotipo de la Congregación de los Misioneros de San Carlos recuerda una de las principales características de San Carlos Borromeo, la humildad, modelo para los Misioneros, fundados por San Juan Bautista Scalabrini. El escudo de armas de Monseñor Scalabrini está inspirado en la escalera de Jacob y representa el esfuerzo que los cristianos hacemos para vivir unidos a Dios (Génesis 28:12)

PARA UNA EVANGELIZACIÓN SIN FRONTERAS



Alemania
Argentina
Australia
Bolivia
Brasil
Canadá
Chile
Colombia
Ecuador
España
El Salvador
Estados Unidos
Filipinas
Francia
Guatemala
Haití
Indonesia
Inglaterra
Italia
Japón
Luxemburgo
México
Paraguay
Perú
Portugal
República Dominicana
Sudáfrica
Suiza
Taiwán
Uganda
Uruguay
Venezuela
Vietnam

LOS MISIONEROS SCALABRINIANOS EN LA PROVINCIA SAN JUAN BAUTISTA

+Casas de Formación:

Seminario San Juan Bautista Scalabrini, Ciudad de México, México
Noviciado San Juan Bautista Scalabrini, Guadalajara Jalisco, México: Postulantado y Noviciado
Casa de Formación Scalabrini, Ciudad de Guatemala, Guatemala
Comunidad Teológica San Carlos Borromeo, Melrose Park, Illinois, EUA

+Casas del Migrante:

Casa del Migrante, Tijuana Baja California, México
Casa del Migrante, Nuevo Laredo Tamaulipas, México
Casa del Migrante, Guadalajara, Jalisco, México
Casa del Migrante, Iztapalapa, Ciudad de México, México
Casa del Migrante, Ecatepec, Estado de México, México
Casa del Migrante, Tecún-Umán San Marcos, Guatemala
Casa del Migrante, Ciudad de Guatemala, Guatemala
Centro Pastoral del Migrante San Salvador, El Salvador

En estas Casas, proporcionamos hospedaje, comida, orientación humana, consultoría legal, psicológica, educación, e integración social a las personas en movilidad.

+Scalabrinianos al Servicio de Organismos Eclesiales de Movilidad Humana:

Dimensión Episcopal de Pastoral de la Movilidad Humana -Conferencia Episcopal Mexicana
Pastoral de Movilidad Humana -Arquidiócesis Primada de México
Pastoral de la Movilidad Humana -Conferencia Episcopal de Guatemala
Office for Hispanic Ministry Kansas City, Kansas, USA

+Oficinas al Servicio de la Misión Scalabriniana

Centro Scalabriniano de Pastoral Migratoria Guadalajara, Jalisco, México
Scalabrini Mission Office Oak Park, Illinois, USA

+Centros de Formación para Migrantes:
CESFOM Centro Scalabriniano de Formación para Migrantes, Tijuana, Baja California, México

+Oficinas Vocacionales:
Ciudad de México, México
Guadalajara Jalisco, México
Ciudad de Guatemala, Guatemala

+Centros de Jubilados:
Villa Scalabrini, Sun Valley, California, USA

Casa de Reposo para los Religiosos:
Casa San Carlo, Sun Valley, California, USA

+Parroquias:
Señor de las Tres Caídas en Tecún-Umán, San Marcos, Guatemala
San Felipe de Jesús en Tijuana, Baja California, México
María Reina en CDMX, México
Our Lady of Guadalupe en Chula Vista, California, USA
Saint Peter en Los Ángeles, California, USA
San Conrado Mission en Los Ángeles, California, USA
Our Lady of the Holy Rosary en Sun Valley, California, USA
Nuestra Señora de Zapopan Capilla en Sun Valley, California, USA
Holy Cross en San José, California, USA
Saint Leo the Great en Houston, Texas, USA
Saint John Newman en Houston, Texas, USA
Saint Luke en Irving, Texas, USA
Holy Cross en Overland Park, Kansas, USA
Holy Rosary en Kansas City, Missouri, USA
Our Lady of Mount Carmel en Melrose Park, Illinois, USA
Saint Charles Borromeo en Melrose Park, Illinois, USA
Cappellania di Casa Italia en Stone Park, Illinois, USA
Saint Ann en Abbotsford, British Columbia, Canadá
Our Lady of Sorrows en Vancouver, British Columbia, Canadá
Our Lady of Fatima en Vancouver, British Columbia, Canadá

ORACIÓN POR LOS MIGRANTES

¡Oh! Jesús, te imploro en favor de todos aquellos que andan lejos de su patria y viven la experiencia de la migración. Ellos son tus hijos e hijas en busca de una vida mejor; refugiados que escapan de la violencia; deportados que ven truncados sus sueños; familias en camino sin saber a dónde llegar. Ellos y ellas necesitan de tu ayuda.

Tú mismo te puedes identificar con ellos, habiendo experimentado, por voluntad del Padre, la dura prueba del exilio junto con María, tu Madre y con José.

Nuestros hermanos y hermanas migrantes necesitan de tu luz para descubrir las promesas vacías que frecuentemente los atraen. Ellos necesitan de tu Iglesia, para que les recuerde sus obligaciones que muchas veces son olvidadas por sus diarios sufrimientos. Necesitan de tu sobrenatural ayuda para ennoblecerlos y confirmarlos como cristianos en su trabajo.

¡Oh! Corazón de Jesús, bendice a los migrantes, guárdalos junto a tu corazón. Llena sus vidas con el amor de Dios quien es el principio de todo bien. Defiéndelos del peligro y fortalece su fe para que busquen la felicidad no solamente en este mundo, sino también para la vida eterna. Que, como peregrinos de la Iglesia de Dios, puedan alcanzar la ciudad celestial y disfrutar la vida eterna contigo y para siempre.

Amén.

Pensamientos de San Juan Bautista Scalabrini

"Para el migrante, la patria es la tierra que le da el pan"

"El mundo camina y nosotros no podemos quedarnos atrás"

"La oración hace al hombre superior a sí mismo"

"Donde el pueblo sufre y lucha, allí tiene que estar la Iglesia"

"No olvides que mientras vivamos en esta tierra somos pderegrinos en búsqueda de una patria que nos es terrenal"

"La Iglesia es un Pentecostés que sigue en el tiempo"

"... sé que sabor tan amargo tiene el pan pobre del migrante"

"No hay alegría más grande que ir al encuentro de los pobres, liberar a los oprimidos, enjugar las lágrimas de los que lloran en fin, hacer un poco el bien"

"La Emigración da al hombre el mundo como patria"